

Un fuerte despliegue del Ejército chino sofoca la revuelta en el Tíbet

El régimen comunista culpa a los manifestantes de matar a diez personas mientras el gobierno del Dalai Lama, en el exilio, dice que hay entre treinta y un centenar de fallecidos

PABLO M. DÍEZ

ENVIADO ESPECIAL A XIAHE

Tras los violentos disturbios del viernes, la calma ha vuelto a Lhasa, pero se trata de la paz de los cementerios. Del silencio de los muertos, que ayer empezaron a ser contados, y de manera muy diferente, por el Gobierno chino y por los manifestantes tibetanos. Según la agencia estatal de noticias Xinhua, 10 personas habrían perdido la vida en la revuelta de Lhasa, la peor desde los incidentes que obligaron a decretar la ley marcial en 1989, cuando el actual presidente de China, Hu Jintao, era el secretario general del Partido Comunista en la región. «Las víctimas eran civiles inocentes que han sido quemados hasta morir», aseguraba un comunicado oficial, mientras que el Gobierno del Tíbet en el exilio, con el Dalai Lama a la cabeza, eleva la cifra de fallecidos hasta las 30 personas y no descarta que se pueda llegar al centenar de muertos.

Mientras se aclara este siniestro baile de números, algo que puede resultar imposible debido a la falta de transparencia del régimen comunista chino, Lhasa permanecía ayer tranquila y semi-desierta. «La situación se ha calmado. No hay tráfico porque las calles están cortadas, la Policía está deteniendo a muchos jóvenes y el Ejército no permite a los chinos salir de sus casas ni a los turistas de los hoteles», relató por teléfono un español que se encuentra en estos momentos en Lhasa, pero que prefiere ocultar su identidad.

«Tan sólo un día antes, la ciudad parecía la antigua Yugoslavia durante la guerra, con muchos edificios en llamas, barricadas en las calles, coches volcados, tiendas saqueadas y ciudadanos chinos atacados», explicó este testigo de los disturbios, quien se mostró «sorprendido y entristecido por tan brutal estallido de violencia entre personas que, aunque no se lleven bien por ser de distintas etnias, son vecinos y conviven juntos».



Monjes budistas rezan en Dharamsala, en la India. / G. OSAN-AP

Para colmo de males, lo más probable es que se arraiguen aún más estos recelos tradicionales entre los Han, la etnia mayoritaria de China, y los tibetanos, los oriundos de esta región ocupada por el Ejército Popular de Liberación en 1950 y anexionada oficialmente un año más tarde.

De hecho, el gobernador chino en el Tíbet, Qiangba Puncog, ya ha anunciado que su respuesta será rotunda y ha dado un ultimátum a los manifestantes para que se entreguen antes del martes si no quieren enfrentarse a un castigo que se presupone atroz.

«La trama de los separatistas fracasará. Nos enfrentaremos a ellos con todo el peso de la ley», prometió venganza Qiangba Puncog. Para ello, miles de soldados han tomado la ciudad con sus vehículos armados y sus tanques.

Ataques al Dalai Lama

De nuevo, el gobernador del Tíbet volvió a acusar al Dalai Lama de ser el «cerebro» del intento de rebelión, pero el máximo líder espiritual del budismo tibetano y premio Nobel de la Paz en 1989 rechazó dichos ataques. «Estas protestas son una manifestación



La Policía china trata de controlar las revueltas. / AP



Un grupo de tibetanos se dirigen al monasterio de Labrang. / AP

del profundo resentimiento del pueblo tibetano», justificó el Dalai Lama, quien vaticinó que «la unidad y estabilidad bajo la fuerza bruta es, como mucho, una solución sólo pasajera».

Mientras en China se apaga la llama de la nueva 'Revolución Azafrán', protagonizada también por monjes como la que tuvo lugar en Birmania en septiembre del año pasado, el fuego de la protesta prende en otros lugares. De hecho, se han repetido varias manifestaciones de fieles budistas en la India, Nepal, Australia y Suiza.

Dichas movilizaciones demue-

stran el impacto que han causado en la comunidad internacional las brutales imágenes procedentes de Lhasa, un oasis de paz y espiritualidad que ha saltado en mil pedazos empañando los preparativos que China está haciendo de cara a los Juegos Olímpicos. A pesar de que Estados Unidos y la Unión Europea han pedido al régimen comunista que contenga el uso de la fuerza y que respete la identidad cultural tibetana, no se espera una declaración de condena para no contrariar al gigante asiático, del que la economía mundial depende cada día más.

Xi Jinping se perfila como sustituto de Hu Jintao en la Presidencia de China

P. M. D. XIAHE

Mientras el Ejército y los tanques continuaban ayer en las calles de Lhasa, la Asamblea Nacional Popular, el máximo órgano legislativo del régimen comunista chino, aprobaba unos cambios en el Gobierno que han servido para perfilar al sucesor de Hu Jintao y futuro presidente del país. Se trata de Xi Jinping, el secretario

provincial del Partido en Shanghai que entró en el todopoderoso Comité Permanente del Politburó en octubre del año pasado y ahora ha sido nombrado uno de los vicepresidentes de China.

Además, este licenciado en Química Orgánica, que nació hace 54 años en la provincia de Shaanxi y es hijo de un héroe de la revolución comunista, ha sido elegido como máximo responsable de

la seguridad y la coordinación en los Juegos Olímpicos de Pekín. Dicha designación demuestra la confianza del régimen en Xi Jinping, pero también supone un «regalo envenenado» por la presión internacional que sufrirá China hasta ese momento y los numerosos incidentes que se vaticinan.

Aunque Xi Jinping no era la opción favorita del presidente Hu



Xi Jinping. / REUTERS

Jintao, que prefería al secretario de la provincia de Liaoning, Li Keqiang, para sucederle, éste no ha logrado todos los apoyos del Partido.

Al margen de estas luchas internas, la Asamblea reeligió por otros cinco años a Hu Jintao como presidente de China y de la Comisión Militar Central. Ahora, Hu Jintao nombrará de nuevo como primer ministro a Wen Jiabao para que ambos mantengan el poder hasta el 2012.

A golpe de decreto, los 3.000 diputados del Parlamento aprobaron estas decisiones con un 98% de los votos.